

Tiempo de análisis de control

*"La preparación para la actividad analítica
no es nada fácil ni simple, el trabajo es duro
y grande la responsabilidad"*
Sigmund Freud¹

*"Cuando se le toma el gusto a la escucha de la letra
se torna ingrata la vuelta al sentido"*
Isidoro Vegh²

Breve relato de la clínica.

Una psicóloga, en una entrevista en el análisis de control, dice:

- "Atiendo a una mujer que me habla de su marido, que la golpea. ¿Tengo que decirle que haga la denuncia? Ya hace mucho tiempo que están así. Le pregunto por qué ella no se va de la casa. Ella dice que su condición económica no se lo permite. Me preocupa mucho que él la golpee nuevamente, que la lastime. No se cuál es mi responsabilidad respecto a esta situación".

Continúa su relato de lo que solemos llamar "el material". Dice que la paciente convive con su marido desde hace doce años, han tenido tres hijas. Esta mujer duerme en la misma cama con la menor de ellas, y todas comparten habitación. Cuando el marido va, la despierta, la insulta, las hijas escuchan todo.

La pregunta de la psicóloga vuelve a orientarse hacia cómo separar a esta mujer de su marido.

La insistencia por el cómo intervenir, los argumentos basados en los derechos de las mujeres y sobre todo la idea de tener que hacer algo con cierta urgencia, me llevaron a pensar en la escucha y las intervenciones en el análisis de control.

¿Cuál es su función específica en la formación del analista?

¿Será que "no alcanza" con el análisis del analista? ¿O "habría algo" que no entra en ese dispositivo, y eso haría necesario este otro?

1. Freud, Sigmund. *¿Pueden los legos ejercer el análisis?* En: Obras completas, Amorrortu editores, Buenos Aires, 1992, T. XX, pág. 213.

2. Vegh, Isidoro. *El análisis de control*. En: Cuadernos Sigmund Freud Nº 22, Escuela Freudiana de Buenos Aires, Buenos Aires, 2001, pág. 34.

La idea que la preparación para la práctica analítica se produciría en forma desdoblada está en el texto de Freud.

En 1918, luego de señalar que la orientación teórica es imprescindible para el psicoanalista, dice: “su experiencia práctica, aparte de adquirirla a través de su propio análisis, podrá lograrla mediante tratamientos efectuados bajo el control y la guía de los psicoanalistas más reconocidos”.³

Los mismos requisitos para la formación del analista recibirán, tiempo después, presentación en trípode, instalando de este modo la idea que ninguno tiene primacía sobre el otro.

El análisis, la instrucción teórica y el auxilio de un analista más antiguo y experimentado, en palabras de Freud, constituyen desde entonces la receta recomendada a todos aquellos que padecemos ese extraño mal que consiste en ofrecerse a escuchar el sufrimiento de otro. Escuchar y hacer, cabría agregar. Por eso hablamos de intervenciones. Por eso Lacan se interesó por la acción del analista y situó la eficacia del acto analítico.

Si bien nos detendremos en el último de aquellos tres, al análisis de control, como lo llamamos habitualmente, nos interesa agregar antes que el trípode no es exhaustivo.

No son tres los pies en los que se soporta ese banquillo, porque no es la sacerdotisa de Apolo quien viene a ocuparlo y no es de un oráculo de lo que se trata.

En el mismo párrafo de “¿Pueden los legos ejercer el análisis?” Freud agrega: “lo que falta debe adquirirse por medio de la práctica y del intercambio de ideas dentro de las sociedades psicoanalíticas, donde los miembros más jóvenes se encuentran con los mayores”.

El carácter imperativo de la afirmación freudiana no debería subestimarse argumentado a favor de la supuesta libertad de elegir o no por el trabajo en una institución psicoanalítica. Tampoco es que habría que acatarlo obedientemente cual si se tratara del precepto del buen analista. Más bien vale detenerse a plantear al menos alguna pregunta para intentar cernir una razón, dentro del campo del psicoanálisis, de esa indicación: ¿no constituiría la institución analítica el destino donde se juegan como transferencias de trabajo las transferencias de aquellos analistas que han concluido sus análisis? ¿Y no sería ésta, la institución, a la vez, el espacio

3. Freud, Sigmund. *¿Debe enseñarse el psicoanálisis en la universidad?* En: Obras completas, Amorrortu editores, Buenos Aires, 1992, T. XVII, pág. 169.

imprescindible para que cada analista dé pruebas de la operatoria que realiza cada vez en su consultorio sostenido por el poder que las transferencias de sus analizantes le confieren?

Se adelanta así una idea respecto al carácter irreemplazable de la institución psicoanalítica. Las instituciones, mejor dicho, en plural.

Ahora bien, hacia el análisis de control pretendíamos orientarnos. Y en este punto vemos que esta breve digresión sobre las instituciones no nos desvía tanto del asunto. Porque si aceptamos la propuesta anterior de su carácter irreemplazable en la formación del analista, tendrán ellas, las instituciones, la responsabilidad -hacia la comunidad de analistas y hacia la comunidad toda- de manifestarse respecto al análisis de control: ¿lo consideran obligatorio? (la burocratización ha sido, en ocasiones, una respuesta), ¿es necesario?, ¿se lo promueve?, ¿se hace silencio al respecto?

Retomemos por ahora nuestra pregunta: ¿cuáles serían las razones en las que se funda el análisis de control? ¿Qué argumentos explican su eficacia?

Guía, auxilio, los términos que en los textos de Freud aparecen asociados a aquel, podrían perdernos un poco y deslizarnos a la idea de que el análisis de control consistiría en el aprendizaje de un método.

Lacan nos orienta en este punto cuando despeja que, en la transferencia, del lado de quien ocupa el lugar de analista, está el deseo del analista.

El deseo del analista no se enseña, ni resulta de la aplicación de una técnica.

El deseo del analista, propuesto por Lacan como crítica a la ontología que subyace en la idea del ser del analista, nos sitúa en la senda de lo que se trataría en el análisis de control.

“Lo que se controla es el deseo del analista”, me resuena. Escuchado o leído en alguna ocasión (lo cual no quiere decir que haya sido dicho o escrito de esa manera), dejo entonces que resuene.

Si el deseo del analista es la fórmula que Lacan nos da para rescatar al analista de los atolladeros de la contratransferencia, podríamos pensar que el análisis de control permite que se ponga en juego aquello atribuible a la contratransferencia, inexorable en cada análisis, y opera para restituir el deseo del analista.

Que quien estuvo en el lugar del que escucha tenga ocasión de decir de su práctica y de su teoría a otro en transferencia, posibilita que en ese decir aparezcan preguntas, tropiezos, obstáculos, límites relativos a la posición del analista.

Es más, me atrevo a pensar que ciertos asuntos constituyentes del quehacer de cada analista, como el tiempo y el dinero, requieren del espacio del análisis de control para un trabajo específico que apunta a una puesta en forma inédita. El nexo entre ambas variables, que las vuelve equivalentes en cualquier intercambio social, deberá ser desanudado, y cada una habrá de ser interrogada para que entre en el encuentro analítico, como duración de la sesión, del tratamiento, y como pago, desde una especificidad articulada a las categorías de inconsciente y pulsión.

Si lo real de la letra se ordena en discurso cuando se habla en transferencia, el análisis de control constituiría el espacio insustituible para que se recorte un real propio de la posición de cada analista.

Otra viñeta. Desde otro lugar. Que es también lugar de homenaje a Liliana Cohen.

Concurro al análisis de control. Respondo al saludo inicial contando que en ese tiempo estoy viajando con frecuencia a mi pueblo natal porque transcurren, según palabras de los médicos, los últimos días de vida de mi madre que tiene cincuenta y ocho años y padece una enfermedad terminal.

Luego, hablo de una mujer que me ha consultado hace algunas semanas. Tiene algo más de cincuenta años y es su primera experiencia en tratamiento psi. Se lo han sugerido en el gimnasio para que trate ciertos asuntos relativos a la alimentación, la dieta, el peso, su cuerpo. Dice que no confía mucho en que este espacio pueda servirle. Si bien habla, cuenta algunas cosas de su día a día, la escucho rígida, poco dispuesta a abrir alguna interrogación, y digo: "tengo miedo que se vaya". Luego digo algo más de lo escuchado en las entrevistas. Pero es aquella expresión la que subraya con prudencia la analista que dirige el control.

Cuando el afecto de la persona que ocupa el lugar de analista amenaza invadir la escena transferencial, dicho, escuchado, dicho en el análisis de control, se separa del relato del analizante.

El decir en el análisis de control como un decir separador. Que la cura no se oriente por el fantasma sino por el deseo del analista.

“Un analista en su práctica se pone todos los días en el lugar de prestarse a soportar el fantasma de su paciente, en lo posible sin poner allí ciegamente el propio”.⁴

En lo posible. Creo que es imposible que el enredo no ocurra. Transformarlo en pregunta es tarea del control. Como lo es situar los límites de esta práctica imposible.

El análisis de control permite al analista continuar siendo, cada vez, el soporte de las transferencias, la de cada uno de los analizantes. El trabajo que allí se produce va en dirección de despejar su posición, restableciendo la función de semblante de objeto para el fantasma de su paciente.

Es un tiempo-espacio de resonancia. “La resonancia es la sombra de significado proyectada por el hecho”.⁵ Requiere tiempo para manifestarse. Tiempo de palabras y tiempo de silencio. El analista que dirige el control escucha, no para explicar ni dar indicaciones, sino para estimular la puesta en movimiento de las resonancias.

Es una escucha que relanza la escucha. Y promueve la invención.

Arabella Caggiano
Lazos. Institución Psicoanalítica de La Plata
Mayo 2017

4. Meroni, María del Carmen. *La supervisión como síntoma del movimiento lacaniano*. En: Cuadernos Sigmund Freud Nº 22, Escuela Freudiana de Buenos Aires, Buenos Aires, 2001, pág. 53.

5. Birkerts, Sven. *Elegía a Gutenberg*. El futuro de la lectura en la era electrónica. Alianza editorial, Madrid, 1999.